

XVII.

Al romperse la alborada de el día 24, el cañon apuntando à la iglesia, hizo su saludo de ordenanza en el momento en que formaban extraña sinfonía los cornetas de las diferentes fracciones, tocando la diana.

Poco después volviéronse á desprender partidas de todos los cuerpos, excepto del 9º, bajando á las cercanías del pueblo ocupando las casas, saqueándolas antes de prenderles fuego, y volviendo con el botín.

Miguel, que ese día daba en lo más alto del cerro la guardia de la pieza, contempló tras del parapeto el espectáculo del incendio. Aquello era horrible. El enemigo debía contemplar también la obra de destrucción; pero permanecía tranquilo y estoico esperando que fuesen á acometerlos en sus puestos.

Solamente del cerro de la Cueva en cuya cima flotaba una bandera roja partían algunas balas, que por lo alto de su cabeza Miguel oía silbar fatídicamente. ¡Le parecía increíble que aquel puñado de hombres sin ningún conocimiento de la táctica, hiciesen emprender á las fuerzas federales, mucho mayores en número, una campaña en toda forma, habiéndolas derrotado las más veces!

En la noche supo Miguel que el General había decidido que se tomara el cerro de la Cueva, y se había nombrado al ayudante del 24º, Fuentecilla para acometer la empresa; pero al fin no fué á él sino al capitán Francisco

Manzano, del 11º á quien se encargó de tan arriesgada operación quien con 70 hombres de dicho cuerpo se desprendió sigilosamente del campamento para ir á sorprender el punto designado. Pero sea que no comprendiese la orden ó que no pudiese obedecerla, no marchó por el camino designado, sino intentó dar un gran rodeo para llegar por la espalda del enemigo, por lo que colérico el general lo mandó devolver, tocándole con su corneta de ordenes *atención, media vuelta y diana*, toque que rompió lúgubramente el silencio de la noche, despertando á la tropa.

Los oficiales de *rondin*, previnieron á las parejas que bordeaban el campamento que no hicieran fuego á la fuerza del 11º que volvía sin haber logrado sorprender al enemigo.

El capitán Molina nombrado de *vigilancia*, observó la llegada de esta, y cuando se instaló en el campamento se dirigió á un subteniente diciendole:

—Pero, hombre compañero, qué les pasó que los hicieron volver.

—No, mi capitán, el general pide imposibles, ni con 1,000 hombres se toma ese cerro; figúrese vd. . . . si nos han sentido nos despedazan.

—¿Dónde está el general, compañero? preguntó el capitán.

—Lo acabamos de dejar allá arriba con el doctor, todavía no se acuesta y ya son más de las doce.

Era en efecto ya muy entrada la noche, pero el general dormía poco y además se hallaba exitadísimo y mal humorado.

Estaba conversando en su tienda con el teniente Marquez, de su estado Mayor, y el Doctor que disertaba sobre lo conveniente de un ataque decisivo sobre el pueblo.

El capitán entró á la tienda y pocos momentos después,

salió.

—No hay novedad, mi capitán, le dijo respetuosamente un oficial que rondaba por el campamento silencioso.

—Gracias, compañero, tengame mucho cuidado con esas parejas—le contestó perdiéndose entre las sombras, tropezando con las peñas y saltando por entre los soldados dormidos al aire libre.

El día 25, inmediatamente después de la diana formó con sus armas la compañía del 9º compuesta solamente de 78 hombres, pues 30 formaba la escolta del parque.

El capitán pasó una revista minuciosa de armas y municiones completando las que faltaban y asegurándose si estaban listas aquellas, y después de dividir en tres pelotones, mandó *por el flanco derecho de blandc*, hileras á la derecha, y bajó sin decir una palabra más por la pendiente pedregosa y dura del cerro.

Era una mañana espléndida; el sol aún no aparecía en el horizonte brumoso; pero ya las crestas de los cerros mas altos se coronaban de fuego en tanto que una brisa fresca y ligera barría lentamente los girones de neblina que flotaban sobre el río.

Los soldados, sin capote, desgarrados y sucios, bajaban en silencio, tiritando de frío, con las armas suspendidas del hombro.

Al descender saltando por las peñas, Miguel gozoso de estirar las piernas después de cuatro días de inacción, confiado, ignoraba donde iba y sólo se imaginaba que debía ser á mejor parte á donde los conducían.

Cuando llegaron al llano y avanzaron algún trecho, después de hacer alto, el capitán mandó:

—¡Compañía, columna de compañía!—¡Marchen!

Cuando estuvieron las tres secciones una trás de otra mandó con voz firme:

—¡Al orden de combate!—¡Marchen!

La primera sección avanzó á su frente dispersándose los hombres en tiradores, las otras permanecieron á retaguardia siguiendo el movimiento de la primera; después mandó pecho á tierra.

En aquel momento frente á ellos sonó una detonación, y una bala pasó silbando á tres metros de altura.

Todos comprendieron entonces de lo que se trataba.

El capitán en pié, con la cabeza alta, apoyada la mano izquierda sobre el cañón de su carabina, señaló con el dedo índice de la derecha, la silueta gigantesca del cerro de la Cueva, y dijo:

—Vamos á tomar ese cerro, todos nos van á ver y verán como combate el noveno... subimos como podemos —nadie da media vuelta porque el que lo haga lo mato! Ya lo oyen, señores, autorizo á cualquierá á matar al que dé media vuelta —aunque sea yo!—¡Armen, armas!

Se oyó el ruido seco del acero de las bayonetas al ajustarse á los cañones de los fusiles y hubo después un profundo silencio. Volvieron á silvar las balas, el capitán se caló la carrillera del kepí y gritó:—¡Primera sección, de frente, al paso veloz!—¡Marchen! y los hombres se precipitaron á todo correr, con las armas embrasadas, fija la vista en la cima del cerro que se coronó al momento con el humo de una terrible descarga; las otras secciones en el mismo orden siguieron á la primera y fué un admirable espectáculo, el verlos á la carga alineados como en una parada, recibiendo horrible granizada de balas, á dos fuegos, pues bien pronto estuvieron á la vista de la torre

que quedaba al frente, sobre la derecha y que entonces no economizó sus municiones... lo asaltantes sin cejar en la carrera, en pleno llano avanzaban por un terreno barbechado que los fatigaba atrozmente.

Un soldado del ala izquierda cayó de espaldas con el pecho atravezado, mientras otro herido en una pierna seguía no obstante á grandes saltos aullando ferozmente. Miguel ya no veía nada delante de sí, extraña nube blanca le cegaba y en los oídos sentía horribles truenos de los que claramente distinguía aquel silbar de las balas que en mortíferas ráfagas pasaban á su lado. Las piernas le flaqueaban y sentía en el pecho espantosa opresión... sintió asfixiarse y morir... ¡un momento de descanso! pero no... oyó la voz del capitán que gritaba:— ¡Adelante, adelante! —¡el que se atrasa se muere! y continuó sin darse cuenta, como llevado por sobrenatural poder; oyó un grito de agonía á su lado y un soldado en el suelo le obstruyó el paso, saltó sobre él sin verlo y continuó la vertiginosa carrera. Bien pronto la torre desapareció tras las primeras lomas de que arrancaba el cerro, y al fin entrando bajo el ángulo muerto de la línea de tiro, gritaron:

—“Pecho á tierra!”... ¡Oh! ya era hora!... ¡qué oasis!... ¡qué fruición aquel descanso!... algo así como un jarro de agua fría para un febril sediento!

Miguel arrojó á un lado su carabina y respiró con toda la fuerza de sus pulmones. Pero el capitán pasados algunos momentos, mandó levantarse y subir por la pendiente del cerro, mandando cargar las armas.

El combate entonces tomó una nueva faz, pues á través de los arbustos y las rocas que erizaban la pendiente que subía al cerro, nutrida granizada batió á los primeros que

avanzaron paralizando la línea de tiradores.

Evidentemente que había que subir con mucha precaución, pues el enemigo que había descendido de la cima para batirlos en la falda, tenía inmensas ventajas sobre ellos; así es que el avance, á partir de aquel instante, fué más lento, teniendo los tiradores que ir ocupando árbol tras árbol y roca tras roca, necesitando para eso que los oficiales y el valiente capitán desarrollasen toda su energía para con la tropa cuyo primer impulso estaba muy debilitado y los soldados vacilaban atemorizados ante el enemigo invisible que los diezmaba.

—¡Entren... entren! ¡Suban! ¡arriba... á ellos!—gritaban los oficiales enronquecidos, en tanto que el capitán Molina, apelaba á todos los medios imaginables para infundir ánimo y proseguir el ataque.

—¡Viva el noveno batallón!... ¡Nos está mirando el once! ¡Arriba muchachos!—mandó tocar ataque, y mientras entre el ruido sordo de las detonaciones, vibraban claras y sonoras las notas de la corneta, él, ébrio de entusiasmo, al ver que se animaba la gente, proseguía gritando:

—¡Otro empuje y llegamos hasta ellos, á la balloneta! ¡Adelante muchachos!—y se lanzó adelantándose magníficamente con la carabina en alto, arrastrando tras él á todos los que lo veían, electrizados con aquel arranque de supremo heroísmo.

Al fin, principiaron á ver en lo alto los perfiles de los terribles *tomoches* haciendo fuego tras los árboles, batiéndose en retirada hácia la cima del monte.

Volviéron asimismo á oír entonces sus gritos de guerra, extraños y feroces:

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva María Santísima!

¡Muera Lucifer!—aullaban entre los árboles, distinguiéndose apenas sus terribles figuras entre el humo espeso y excitante de la pólvora que envolvía en sus nubes las altas copas de los pinos y las ásperas peñas del cerro.

—¡Entren!—¡Entren!... ¡arriba!—repetían los oficiales, tras de los árboles, con la garganta seca y los ojos saliéndose de las órbitas. De cuando en cuando, un hombre caía rodando, ensangrentando las piedras, el kepí por un lado y el fusil por otro, sin que los compañeros cuidaran de él, sin que lo notasen siquiera, atentos por instinto á la conservación del *yo*, en aquel arriesgado combate.

El orden y el alineamiento de los soldados se había naturalmente perdido; las secciones de retaguardia se habían fundido con la primera y se caminaba hácia arriba en una sola línea ondulante, segun los accidentes del terreno.

El capitán iba del centro á los flancos, empujando, gesticulando y dando valor á la gente.

Miguel que marchaba en el ala izquierda, había recordado el aliento, y hacía fuego con su carabina, tratando de cazar á lo lejos un hombre, cuyo gran zarape rojo le presentaba, cuando al hacer fuego tras un montón de piedras, se descubría un buen blanco.

Le llamaba sobre todo la atención, una vocecilla particular, como de niño, que gritaba á su frente:

—¡Viva María Santísima! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

Continuaron trepando cada vez más alentados, pues minoraba el fuego del enemigo, cuyos primeros cadáveres fueron encontrando.

Aquellos valientes morían acribillados á balazos, apenas eran descubiertos tras el terreno escabroso y abrupto.

El fuego llegó á cesar casi por completo, y sólo allá, en

el ala izquierda, oía Miguel algunos disparos á su frente, y más cercana la vocecilla aquella que gritaba ya más débil.

¡El gran poder de Dios nos valga! ¡Viva María Santísima!

Un soldado entonces exclamó, señalando un grupo de peñascos:

—¡Allí... allí está... apúntenle todos! y apuntó; pero antes de poder hacer fuego, cayó el fusil de sus manos hechas pedazos por una bala que le desgarró también el capote; lanzó un aullido tremendo; algunos, cerca de él, dispararon, pero otro hombre cayó muerto, y se elevó tras el grupo de rocas la voz tipluda del indomable adversario, cuya carabina asomaba su cañón entre las grietas de las rocas.

—¡Viva el poder de Dios! ¡Mueran los *pelones*!

—¡Fuego sobre él! ¡A la bayoneta! ¡Suban por allí!

Miguel llegó jadeante, con su arma preparada, á donde cuatro ó cinco soldados habíanse detenido observando un cadáver.

Boca arriba, con el cráneo y pecho ensangrentados, los ojos abiertos, los puños crispados y una carabina y un zarape rojo al lado, yacía un cuerpo enclenque, el cuerpo de un niño de trece años.

Su faz lívida la contraía la postrer mueca; parecía reír, y enseñaba sus dos filas de blanquísimos dientes, por los que asomaba rojiza espuma.

El combate había terminado; se hallaban ya en la cima del cerro; la torre del pueblo quedaba á la derecha y desde allí partían algunas balas; los soldados se habían echado en el suelo anonadados por la fatiga; otros registraban los cadáveres, quitándoles las armas.

Escuchóse algo debilitado, del campamento de la Medra

no, el toque del corneta de órdenes del General: *alto el fuego.*

El capitán Molina mandò á su vez tocar *diana* á un soldado que recogió la corneta del que la llevaba y que había sido herido y quedó abandonado en la falda del cerro.

Las notas vibrantes de la diana resonando entre las últimas detonaciones, de la fatigosa ascención á la cima, hicieron lanzar gritos de entusiasmo á los soldados extenuados y jadeantes que respiraban con dificultad un aire azufrado y espeso.

Sobre lo alto de un gran pino ondeaba una bandera roja; la que se veía desde el campamento; era preciso quitarla, y algunos, agazapándose, corrieron hácia el punto: pero salió una detonación al nivel del suelo y el cañón de una carabina asomó de la tierra.

—¡Otro! ¡A él! ¡Mátenlo!—gritaron algunos soldados.

Un sargento hizo fuego violentamente sobre él, oyéndose un grito de dolor; algunos se precipitaron calando la bayoneta; pero como partían gritos desgarradores de aquel lugar, el capitán Molina se adelantó gritando:

—¡Eh! ¡Cuidado.... está herido.... déjenlo ya!

Y en aquel momento surgió de la tierra una enorme cabeza melenuda, asomó una carabina, sonó un tiro, y alzando los brazos, de espaldas, cayó el capitán.... muerto.

Entonces los que aquello vieron, se quedaron inmóviles, sin saber que hacer, y derrepente todos á una se arrojaron sobre el hoyo, y allí, como quien caba la tierra, á bayonetazos, despedazaron un cadáver.

XVIII.

Miguel había presenciado aquello en el momento en que trataba de incorporarse el capitán para comunicarle que un soldado del 11º Batallón, llegaba con una órden del general.

Estupefacto, lo vió caer levantando los brazos, sin proferir un solo grito. No pudo moverse y contempló inmóvil y estúpido, la venganza de la tropa, despedazando el cuerpo del matador del capitán....

Pronto todos supieron la noticia que heló de pavor los ánimos.

—¡El capitán Molina ha muerto! Ya mataron al capitán— se decían los soldados.

Al fin el joven oficial se acercó al cadaver y ante él, permaneció un momento.

Su pequeño cuerpo, envuelto en un capote azul, ceñida á la cintura una canana, yacía á lo largo, el rostro moreno contraído por un gesto horrible, sus ojos negros y pequeños, desmesuradamente abiertos lanzando una última mirada al cielo; los brazos extendidos en cruz; del cuello le salía un chorro de sangre, que formaba un gran charco.... la carabina estaba á un lado.

Aun no se desvanecía el humo de la pólvora y aun se oían algunas detonaciones á lo lejos.

Castorena había llegado al grupo que contemplaba el cadáver; tomó el zarape de un soldado y cubrió el rostro

del infeliz Molina.

El capitán Tagle, el único de los cuatro capitanes que sobrevivía, ordenó que se reuniera la fuerza restante.

Su corneta de órdenes tocó *reunión* y los oficiales y sargentos principiaron á reunir la gente.

Había en aquel momento un gran desórden, los soldados en completa dispersión en el cerro y entre los pinos, descansaban en diversas actitudes; algunos cadáveres en horribles posturas yacían al lado de los heridos que se lamentaban tristemente.

—¡A formarse, á formarse!—gritaban los sargentos levantando á la tropa casi á culatazos.

Los desgraciados se levantaban penosamente y con lentitud unos, otros cojeando y apoyándose en sus fusiles se acercaban al punto de reunión.

Solo Mercado y Castorena quedaron; pero al fin dejaron el cadáver al cuidado de un soldado y uno al lado del otro, empezaron á subir hácia el lugar en que la fuerza se estaba reuniendo; derepente Castorena sacudió fuertemente el brazo de Miguel gritándole:

—¡Míralo, míralo—y señaló á unos dos pasos, un montón rojo de miembros, harapos y cabellos, entre sangre y entrañas despedazadas.

Erizóronsele los cabellos á Miguel, y ante aquel cuadro y un olor nauseabundo que se hacía insóportable, mezclado con el de la pólvora, experimentò náuseas. Iba á volver el rostro; pero su amigo con el puño crispado, lo volvió á sacudir diciéndole:

—¡Pero, míralo, hombre, míralo, él lo mató! . . . lo mató cuando lo iban á salvar. . . ¡canalla! . . . ¡míralo!

Al fijarse de nuevo en él Miguel soltó la caratrina abrió

la boca y completamente idiota, con el pensamiento súbitamente cristalizado y el cerebro inactivo quedó un momento.

¡Había reconocido que aquellos miembros sangrientos, aquellos girones de hombre y de tela, eran los de Bernardo.

—Mi subteniente, que le habla á Vd. el capitán,—le dijo un soldado. Miguel volvió á la realidad; su cerebro volvió á funcionar, y sin embargo anduvo maquinalmente, rumbo al punto de reunión, pensando y repitiendo como único pensamiento: ¡Bernardo! ¡el ogro de la casa del río! . . . allí muerto hecho pedazos!

Ante la tropa formada en dos filas, en la cima del cerro, estaban los oficiales y un sargento pasando lista.

Otro sargento á un costado, contaba fusiles, carabinas, cartucheras y cananas halladas en el campamento enemigo. . . sobre una roca, extendido como un manchón sangriento, yacía la bandera roja que ondeaba sobre el pino, ¡aquella bandera roja que había costado la vida del capitán! . . . Era un guión del 9º, guión que llevaba un cabo que fué muerto el día 20.

Se nombraron secciones de tiradores que ocuparan la derecha del cerro, con el objeto de hostilizar la iglesia del pueblo que por ese lado quedaba al pié.

A Miguel le ordenaron que se situara con diez hombres extendidos tras un relieve del terreno, y allí sentado, quitándose el kepí por el gran calor que sentía, pues ya era poco menos del medio día, trató de poner en orden sus ideas.

Entonces ya pudo saber que habían tenido catorce muertos y once heridos por diez y seis muertos del enemigo. El jefe, el temido Pedro Chaparro, se había escapado

con el resto de la guerrilla, y se había internado sin duda por la sierra; los que habían quedado en el campo eran los verdaderos hijos de Tomochic, que no huían jamás.

Desde allí se distinguía muy bien el pueblo á su derecha . . . contempló absorto y conmovido el vasto anfiteatro de montañas; el valle extenso y cubierto de sembrados y milpas, atravesado por la cinta brillante y blanca del río; y en el centro el cacerío de Tomochic, casi al pié del cerro de la Cueva, la iglesia con su única torre y su arruinado convento de jesuitas . . . mientras á su frente como una fortaleza de titanes, el cerro de la Medrano erguía su mole enorme, cargando en su espalda colosal, el campamento y el cuartel general de las tropas federales.

De la torre del templo partían de cuando en cuando algunas balas que silvaban sobre las cabezas de los tiradores de Miguel.

El cerro por aquella parte estaba cortado casi á pico, por la que se veía un espantoso abismo, nadie se atrevía á asomarse, y todos tras la cresta de roca solo contemplaban vagamente las lejanías del horizonte, limitado por los cerros del Noroeste.

El oficial se abandonó recostado contra una peña, á sus pensamientos siempre melancólicos.

¡Conque aquel miserable devorador de carne de doncellas, aquel infame que había llevado á su cubil á la pobrecita Julia, era el asesino del capitán Molina!

¡Ah! . . . ¡y ella? . . . la virgencita de ojos negros y melancólicos, la que lo había mirado en un instante de ternura y éxtasis con suprema pasión, la que le había abierto toda la noche de una historia dolorosa de eterno sufrimiento, en el breve relámpago de su mirada . . . ¡qué se

ría de ella? . . . ¡Estaría allá abajo, esperando tranquila y resignada como siempre, el desenlace del drama de su vida?

Ah! tristezas ignoradas, de la vida; martirios estériles soportados en la sombra; dolores desconocidos, de almas nobles; calvarios sin gloria; infortunios inéditos de gladiadores anónimos! . . . Oh Dios, si tu no conoces y premias esto, si la plegaria muda de tanto sufrimiento no te conmueve . . . ¡quiénes serán entonces los bienaventurados?

Pugnaba por aparecer una lágrima en los ojos secos y febriles del joven . . . en aquel momento pasó algo grave.

Un cabo y un soldado, sentados junto á un pino, cerca del parapeto natural, tras el que estaban colocados, habían encendido leña para asar unos trozos de carne, por lo que desde allí se levantó espesa columna de humo. En el momento en que el cabo en pié, cortaba unas ramas secas del pino y el soldado se iba á incorporar para traer la carne, una bala salida de la torre atravesó el pecho del primero y se incrustó en el cráneo del segundo . . . un solo grito se oyó y los dos rodaron, cadáveres, por entre los guijarros de la pendiente.

Los nacionales de Chihuahua y la fracción del 25º llegaron con el objeto de ayudar á llevar los heridos y á ocupar la posición.

Encontraron entre los cadáveres ya en putrefacción sobre el cerro de "Lino" un hombre aún vivo abandonado sobre el campo el día 20. Tenía tres heridas: una en una pierna, otra en un brazo y un gran rozón en el pecho. Alestargado y casi expirante, su primer palabra fué:

—¡Agua!—y como no había no se la dieron, cayendo otra vez en su letargo.

A la una, la compañía que había tomado la posición la abandonó llevando á retaguardia una fagina conduciendo sobre improvisadas camillas todos los heridos; pero no siguieron el mismo camino del que habían tomado en el ataque, sino que para evitar los fuegos de la torre dieron un gran rodeo, siguiendo por las faldas de los cerros que formaban la gran circunferencia del valle.

Llegaron fatigadísimos al campamento á las tres de la tarde, sin haber tomado durante el día ningun alimento.

Recibieron los oficiales mil felicitaciones de sus compañeros por el triunfo obtenido á gran costa. Miguel supo que el general en la cima del campamento, al presenciar el primer esfuerzo de la carga, cuando la línea de tiradores avanzaban en pleno llano al paso veloz, batidas por dos fuegos convergentes, y con su heróico capitán á la cabeza, supo, que entusiasmado había arrojado su gorra diciendo á los que le acompañaban:

—¡Bravo! . . . ¡bien por el noveno! ¡Se vindica! ¡borra lo del día veinte!

En efecto, cuando llegó la camilla que conducía el cadáver del héroe de la jornada, ordenó que se levantase el zarape que lo cubría, y cuando vió el cuerpo ya rígido del capitán, con el rostro amoratado y los ojos obstinadamente abiertos, con su enorme herida en el cuello que le había atravesado la bala, rompiéndole la columna vertebral; ah! entonces Rangel se conmovió hondamente y con nervioso ademán ordenó que lo cubriesen.

—¡Tápenlo, tápenlo! . . . ¡Llévenlo y nómbresele una guardia de honor!—exclamò.

Un sargento 2º solicitò espontáneamente ser nombrado y al pié de su cuerpo un centinela de su compañía lo cuidó.

Tomado el cerro de la Cueva, la situación del enemigo era desesperada, no quedaban más que la iglesia y la casa de Cruz ocupadas, y como en esas dos partes se hallaban las mujeres, la mayor parte indudablemente huèrfanas ó viudas, debían infundir gran desaliento y desmoralización.

Por otra parte el saqueo é incendio de las casas continuaba, respetándose nada más las cercanas á los reductos del enemigo.

Veíanse en el día, levantarse del llano largas nubes negras, formando lentamente espirales que se desvanecían en un gris sucio en el cielo azul; el cañón enviaba cada hora una granada, rompiendo con estruendo el silencio solemne del pueblecillo que parecía desierto. La guardia de tiradores de lo mas alto del cerro intentaba cazar á los que se atreviesen á salir de la iglesia ó de la casa de Cruz Chávez.

A las cinco de la tarde, el corneta de ordenes del cuartel general tocaba *llamada de honor*; el Mayor Bligh jefe del Estado Mayor, leía la orden, nombraba á los oficiales, el servicio de rondines para la noche, relevándose como se acostumbra en campaña, las guardias, á las seis de la tarde.

En la noche el incendio de las casas del pueblo era mas visible; las llamas tenían el cielo negro, de fulgores sangrientos que á veces se avivaban, á veces se extinguían para surgir de nuevo, mas vivos y rojos, apareciendo en el fondo de tinta negra del horizonte, como manchas de sangre luminosa.

En el pueblo, los monòtonos ladridos de los perros y una que otra voz lejana y lastimera, eran los únicos ruidos que alteraban el silencio.

Al amanecer del día 26, el 9º acompañò al cadáver de

su capitán á su entierro que debía verificarse en el cementerio del pueblo, el que después del combate de la víspera, se hallaba fuera del alcance de los tiros enemigos. Dicho cementerio estaba cercado con tapias bajas, de piedras amontonadas, era cuadrado y tenía solamente sepulturas humildes, las más sin inscripción alguna, pues á los notables del pueblo se les enterraba en el atrio de la iglesia.

A la puerta hizo alto el cortejo, entrando solamente la camilla con el cadáver, los oficiales, un sargento 2º y seis soldados.

Se depositó el cuerpo en tierra, la que se procedió á cavar con unas barretas que allí mismo se encontraron. A la escasa profundidad de media vara, se dió por terminada la fosa.

Después el sargento cargó su fusil haciendo fuego al aire, por tres veces, y luego el cadáver envuelto en su capote y cubierto con el zarape, se depositó en el fondo, se arrojó tierra sobre él, y sobre ella algunas piedras. Terminada de aquel modo la ceremonia fúnebre, *por el flanco izquierdo doblando*, volvió á su campamento la compañía.

Los oficiales iban al costado de la columna, silenciosos y tiritando de frío; el sol aun no aparecía.

Triste iba Mercado; marchaba saltando entre las piedras y los surcos de los terrenos *barbechados*.

—¡Pobre capitán Molina,—pensaba,—él tan digno, tan estudioso, él que soñaba con las grandes campañas; tan amante de su patria; morir así, obscuramente, sin gloria, en el fondo de la sierra!

¡Derramar con heroísmo la sangre por la patria... sucumbir por los ideales tan caros... inmolarse por la libertad y el honor... eso inmortaliza, eso trueca la muer-

te material en imperecedera vida! Pero ser valiente, ser bueno, ser sublime en campaña tan desconocida, en guerra tan desigual! El era joven, recién casado... en Guerrero recibió la noticia del nacimiento de un hijo... iba á ascender, y... morir en aquella penumbra y de aquella manera, bajo el arma de un obcecado!... ¡Pobre capitán Molina!

Lo había visto descender á la fosa, tan poco profunda, en un cementerio situado al pié de la sierra!... Cuando destruyeran por completo el pueblecillo, porque eso era indudable, las fieras del desierto irían á saciar su apetito en los restos del héroe!

¡Pobre capitán!.....

Eran las siete, y tras el cerro de Lino, al Oriente, emergió el sol su disco rojo y enorme con una explosion de luz dorada que incendió la cima de los cerros, aclaró el lila del cielo, barrió girones de neblina é hizo centellear el acero de las bayonetas.

Los soldados volvieron los rostros, colocando sobre los ojos una mano á manera de pantalla, para contemplar el astro agigantado, en tanto que tras de ellos, su luz les hacía proyectar larguísimas sombras.

Algunos se pusieron á cantar animados con la alegría de la luz y la esperanza del calor... el sol ascendía.

¡Pobre capitán!